

Mike Davis

Guerra de Clases en Mojave



El mayor agujero en California, después del actual presupuesto del estado, es la enorme mina de Río Tinto en la ciudad de Boron, cerca de la base Edwards de las Fuerzas Aéreas, a ocho millas al noreste de Los Ángeles.

Visto desde Google Earth, es fácil imaginarse el cráter de 700 pies de profundidad en el desierto de Mojave como resultado del impacto de un asteroide o de un cometa errante. Desde el mirador de la carretera 58, sin embargo, el paisaje es enigmático: una llanura de una milla de extensión de tierra ocre y lutolita gris que termina en lo que parece una gigantesca refinería química.

Por la noche, cuando más receptiva es la imaginación del conductor a las leyendas del desierto, la intensa iluminación del complejo lo convierte en algo fuera de lo común, incluso un poco extraterrestre, como procedente de otro mundo, una siniestra colonia minera de alienígenas.

El trabajo de Terri Judd pertenece a parte de este paisaje extraño o inquietante —o más bien a su vacío. Terri es minera de bórax de tercera generación y tiene tantas raíces en este desierto como una de las yucas que crecen en él. Cada mañana, durante los últimos trece años, se ha atado su melena pelirroja, puesto el casco, subido la escalerilla de una gigante excavadora Le Toruaneu y puesto en marcha su motor diésel de 1.600 caballos. Su cabina con aire acondicionado está casi a la altura de la copa de un árbol y corona una máquina de neumáticos de doce pies fabricados especialmente, cada uno de los cuales cuesta 30.000 dólares. Opera este Leviatán manipulando delicadamente dos palancas de mando, algo más propio de un complejo videojuego que de Mad Max.

En un turno normal de doce horas y media, repite una y otra vez, mecánicamente la misma calistenia: desciende la pala de veinte pies, recoge con destreza de veinticinco a treinta toneladas de bórax y los descarga en una de las plantas de la mina, donde las convertirán en ácido bórico o granulado para su eventual uso en docenas de aplicaciones industriales, desde fibra de cristal hasta pantallas de alta definición.

Cada año se almacena un millón de toneladas del bórax producido en contenedores (800 de los cuales, permanentemente asignados a la mina) que son transportados al puerto de Los Ángeles para ser embarcados con destino a China y a otros países en vías de industrialización hambrientos del residuo cáustico de los antiguos lagos de Mojave. La mina de Boron, que reemplazó una antigua mina subterránea, produce casi la mitad de las reservas mundiales de bórax refinado.

Trabajar a campo abierto en una mina de Mojave probablemente no sea algo para todos los gustos, pero a Terri —una veterana de la Operación Tormenta del Desierto y madre soltera— le gusta su trabajo. “¿Qué puedo decir? Solíamos jugar con juguetes grandes. Creo que siempre fui una niña un poco machona. Prefería los Tonkas [*serie de juguetes de vehículos de la construcción, n.T.*] a las Barbies, las llaves de tubo a las casas de muñecas.”

Pero no juega sola: el Gran Hermano la vigila por encima de su hombro, evaluando su trabajo. “De hecho, el jefe va conmigo. El GPS de mi vehículo puede monitorizarse no sólo desde la planta, sino desde la sede estadounidense de Rio Tinto en Denver o incluso desde las oficinas centrales en Londres.”

Los mirones, sin embargo, no acostumbran a molestar a Terri. “No hay vagos en la mina. Nuestra productividad es elevadísima, porque la minería de bórax es la historia de nuestra familia.” Es más, la fuerza de trabajo de Boron se redujo a menos del 40% del tamaño de sus registros de producción de 1980 a pesar de una planta que envejecía rápidamente, un cuerpo de mineros que ganaba años y mal carácter y una dirección cada vez más alejada y hostil.

I

Terri reconoce que su devoción a la mina ha sido un acto de amor no correspondido. En las negociaciones contractuales del año pasado, Rio Tinto (la multinacional australiano-británica que compró las instalaciones U.S. Borax en Boron, en 1968 y les cambió el nombre por el de Rio Tinto Borax) dejó atónitos a los miembros de la International Longshore and Warehouse Union, ILWU, Sección 30 (Boron), reclamando la abolición del sistema de antigüedad contractual vigente y la rendición de cualquier voz obrera en el proceso de negociación laboral.

Según Dan Gehring, el último en una sucesión de recientes directores de la mina, la competición internacional les empuja a un cambio drástico de “equipos de alto rendimiento que tienen la flexibilidad para hacer muchos trabajos diferentes, y necesitamos recompensar y promover a nuestros mejores trabajadores. El viejo convenio no nos permite hacer eso.”

La compañía quiere un contrato que le permita promover o rebajar a su capricho, deslocalizar los puestos de trabajo sindicados, convertir puestos a tiempo completo en puestos a tiempo parcial con pocos o ningún beneficio, reorganizar los turnos sin aviso y penalizar gravemente al sindicato si los trabajadores presentan quejas contra la compañía con la National Labor Relations Board.

Rio Tinto reclama básicamente el derecho a gobernar por mandato divino, a discriminar abiertamente e incluso a despedir a los empleados por delitos tales como “fracasar a la hora de tener o mantener relaciones interpersonales satisfactorias con el personal de la empresa, clientes, contratistas y visitantes.”

“La propuesta de la compañía”, subrayan los negociadores del sindicato, “destruiría nuestro sindicato, reduciría nuestros estándares de vida y daría a Borax el control absoluto sobre

nuestras vidas.” El 30 de enero, los miembros del sindicato de la Sección 30 rechazaron unánimemente las concesiones exigidas por Rio Tinto.

La fecha límite de la empresa expiró al día siguiente, cuando Terri Judd salió como siempre a trabajar acompañada de su fiambra y su termo. Ella y otros trabajadores del turno de mañana se encontraron con la puerta principal de la empresa cerrada y una falange de nerviosos agentes del *sheriff* de Kern County pertrechados con todo el equipo antidisturbios. Dentro de la fábrica un “equipo de seguridad contra la huelga”, un cuerpo de élite contratado por Rio Tinto, había tomado el control de todas las operaciones.

J.R. Gettier & Associates, con sede en Delaware, fanfarronea asegurando que es el Home Depot [*grandes almacenes de bricolaje, n.T.*] de los rompehuelgas, una gran fuente de especialistas en seguridad, guardias armados, expertos legales, espías industriales y, lo más importante, obreros de reemplazo altamente cualificados. Incluso tiene personas capaces de operar la gigantesca excavadora de Terri.

Los mercenarios de Gettier tienen una sonrisa de desdén dibujada en el rostro y llevan gafas oscuras mientras el convoy atraviesa un grupo de treinta airados miembros del sindicato. “Que te hagan un *lockout*”, dice Terri, “es muy diferente de ir a la huelga. Al principio cuesta de creer que la compañía vaya en serio en lo de que querer darte puerta. Oye, que mi abuelo trabajó en esta mina. Pero entonces ves que una caravana de esquirols aparece para ocupar tu puesto de trabajo y la traición es como un puñal atravesándote el corazón.”

II

Hubo un tiempo en que existían varios miles de comunidades mineras en Norteamérica. Es posible que ahora queden menos de un centenar. Boron (no incorporada, población de 2.000 personas) es una de las supervivientes y una de las más anómalas, pues no está en el desierto rojo de Wyoming o en las colinas de West Virginia, sino en la órbita exterior de la periferia de Los Ángeles. En los días del *boom* de 1930 era una ciudad industrial de libro, donde los empleados de la que entonces se llamaba Pacific Borax –muchos de ellos, como el abuelo de Terri Judd, emigrados de Oklahoma a causa del Dust Bowl [*“cuenca de polvo”, nombre con el que se conoce la prolongada sequía y tormentas de arena que azotaron EE.UU. durante la Gran Depresión y que agravaron sus efectos, obligando a muchos a emigrar, n.T.*]– vivían en casas propiedad de la compañía y usaban vales de la compañía para comprar en la tienda de la compañía.

El sindicato (que recibió originalmente de un antiguo afiliado de la AFL el nombre de Borax Workers Union, el Sindicato de trabajadores del bórax) puso fin al feudalismo, pero el carácter empleador de la ciudad permaneció intacto hasta que una enconada y en ocasiones violenta huelga de 132 días en 1974 forzó a los trabajadores colocados en listas negras a buscar nuevos trabajos. Algunos los encontraron en un campo de pruebas de misiles cercano, mientras otros aprendieron a pulir espejos en una estación de energía solar construida por los israelíes o se presentaron a los puestos de guardia en la prisión federal carretera arriba.

Pero la diversidad económica sigue siendo limitada, y cerca de una cuarta parte de los hogares de Boron aún ponían sus relojes a la hora que les marcaba Rio Tinto el Año Nuevo pasado. Aquí hay probablemente un número igual de mineros retirados y antiguos empleados, así que virtualmente todo el mundo en la ciudad tiene algún tipo de vínculo íntimo con la mina y con su turbulenta historia.

Durante el conflicto de 1974, Boron se polarizó en una facción mayoritaria favorable al sindicato y otra minoritaria favorable a la empresa. Hubo un disturbio famoso en la puerta principal durante las primeras horas del conflicto, luego se dinamitaron las casas de varios capataces y la fuente de electricidad de la mina, hubo intercambios episódicos de disparos, un éxodo de empleados directivos y, de facto, la ley marcial durante la ocupación de la comunidad durante un año por parte de los *sheriffs* de Kern County.

El *lock out*, en cambio, ha llevado a un patriotismo local mucho más inclusivo. A lo largo de la Twenty Mule Team Road [*el camino por el que se transportaba el bórax, n.T.*] las pancartas dando apoyo a los mineros de Borax festonean las ventanas de los hogares y camionetas. Skateboarders y abuelas llevan camisetas negras con el lema *Union Tough* (El sindicato resiste). La simpatía con la ILWU no es una condición necesaria para despreciar al ejército mercenario de guardias y esquiroles de Rio Tinto.

III

Día doce. El *lock out* comienza a parecer un sitio a la ciudad, pero al revés. Es la ciudad, no la mina, la que está bajo una presión creciente. En el local del sindicato, el equipo “de vigilancia de la puerta principal” informa de que los agentes del *sheriff* se han relajado y que incluso se muestran amistosos, probablemente porque están implicados en su propia batalla contractual con los supervisores del condado. Pero los reemplazos se han vuelto más descarados, llegando a deliberadamente a chocar contra un miembro del sindicato con su furgoneta.

Uno de los organizadores anota con gravedad el incidente en su libreta legal y regresa a la cocina, donde se acurruca con su teléfono móvil. Está llamando a la lista de miembros del sindicato para recordarles la marcha de solidaridad de la semana que viene. Los trabajadores de Boron están esperando la llegada de miembros de la ILWU de toda la Costa oeste así como un contingente de dirigentes sindicales mineros y portuarios de todo el mundo.

Al otro lado del *hall*, mientras tanto, Terri está discutiendo con otro operador de excavadora, Kevin Martz, sobre cuál de ellos realiza el trabajo más hercúleo en la mina.

En términos cuantitativos, no debería haber ninguna disputa: Kevin trabaja con una excavadora P&H 4100 “ultra class” con una capacidad de carga de 115 toneladas, una de las mayores máquinas de minería del mundo. En unos pocos días de trabajo probablemente abriría él solo todo el canal de Panamá. Pero Terri cree que la cualidad es más importante: “Vamos, Kevin, tu sólo recoges mierda; yo extraigo minerales. Valgo más que tú.”

Kevin sonríe de manera cómplice, luego ríe. Explica que un equipo minero, como un cuerpo del ejército en combate, descansa en buena medida en tomarse el pelo mutuamente para mantener la camaradería. “Nuestro trabajo depende de la amistad, no de la competición. En un entorno de máquinas peligrosas y explosivos cada uno tiene que velar por la seguridad del otro.”

Ni él ni Terri son capaces de reconocer una lógica racional en el celo de Rio Tinto por atomizar la comunidad de trabajo tradicional y promover una competición licantrópica por las primas.

“Algún genio en Denver o Londres”, dice Terri, “cree que puedes mejorar tu rendimiento adoptando la ley de la jungla. Pero sin un sistema justo que fije la promoción y las pagas, el trabajo en equipo resultará gravemente afectado y la moral se desplomará. La mina será menos productiva y más peligrosa.”

La conversación se desplaza hacia el impacto del *lock out* en la economía de la ciudad. Terri es una miembro destacada de Veterans of Foreign Wars (Veteranos de guerras extranjeras), mientras que Kevin es líder de los *scouts* y miembro activo de su capítulo del Movimiento de los Santos de los Últimos Días.

“Normalmente en el local de la VFW no cabe ni una aguja los viernes por la noche, en que hay karaoke”, explica Terri, “pero el viernes pasado sólo había tres familias. Domingo [*un restaurante mexicano que se hizo famoso por su popularidad entre los trabajadores del transbordador aeroespacial cerca de Edwards, nota de Mike Davis*] va cuesta abajo y el dentista de la ciudad podría cerrar porque todo el mundo ha perdido el seguro dental para su familia.”

Kevin añade que muchas de las familias de miembros del sindicato, especialmente las que recientemente compraron casas en ahora hundidos *boom-burbios* como Victorville o Palmdale a más o menos cuarenta millas de Boron, se enfrentan a una catástrofe inminente. “Sus hipotecas están por los suelos, así que el *lock out* es la gota que va a colmar el vaso y dejarlos en la calle. Perderán sus hogares con toda seguridad.”

Kevin cree que los valores fundamentales están amenazados. Como muchos trabajadores mormones –el grupo social más malentendido del oeste americano– es un buen sindicalista, pero no un izquierdista. No del todo equivocadamente, ve a 30 personas plantándose a favor de trabajos decentes que permiten a las familias frugales prosperar en comunidades estables y a escala humana como Boron.

“Mi mujer es profesora de escuela en la base de las Fuerzas Aéreas de Edwards, no tenemos más deudas que nuestra hipoteca, nuestros hijos sacan buenas notas en las escuelas, amamos el desierto... pero si Rio Tinto continua jugando sus cartas así, al final nos veremos forzados a marcharnos, quizás a Wyoming.”

Terri, boronita hasta la médula, confiesa que también se ha estado preguntando si en las minas de Nevada o Wyoming están buscando operadores de excavadora con experiencia. Es optimista con respecto al sindicato, pero sabe que Rio Tinto ejerce el poder más allá del juicio de la gente común. “¿Seremos una ciudad fantasma el año que viene? Ésa es la verdadera cuestión.”

IV

“¿Dónde diablos está Bougainville?”, alguien pregunta a Dave Dorton.

“Es una isla cerca de Nueva Guinea”, responde.

Quienes vigilan de la puerta están reunidos bajo un toldo, bebiendo café y hablando sobre los esqueletos en el armario de la empresa. Dave, un tipo gallardo que parece como si hubiera acabado de saltar de un barco vikingo es “jefe de silo” en la planta y uno de los antiguos motoristas de la vieja escuela que hay en el sindicato. Dice que el *lock out* ha despertado el interés de las bases por la escandalosa historia de Rio Tinto: “es como despertarse y descubrir que estás casado con un asesino en serie.”

El verano pasado el tribunal de distrito en Los Ángeles confirmó la sentencia de los residentes de Bougainville –representados por Steve Berman, superestrella del litigio– de demanda a Rio Tinto en un tribunal estadounidense por “crímenes contra la Humanidad, crímenes de guerra y discriminación racial.” Como el caso de Jarndyce y Jarndyce en *Bleak House* (*Casa desolada*) de Dickens, la denuncia se mueve a ritmo de un glaciar a través de la terrorífica oposición de la corporación y puede que tarde años en llegar a celebrarse el juicio, pero las acusaciones son espeluznantes.

A finales de los sesenta, Rio Tinto, apoyada por Australia (y después de 1975 por el gobierno independiente de Papua Nueva Guinea), comenzó a expropiar tierra en el fértil centro de la isla más septentrional de Bougainville, Solomon Island, para perforar una de las zonas más ricas del mundo en depósitos de cobre. Millones de toneladas de desechos de la mina contaminaron el ecosistema y devastaron la agricultura local, y en 1989 la violenta represión de las protestas no violentas encendió la mecha de un alzamiento revolucionario en toda regla. La compañía apeló a su socio en el negocio, el gobierno neocolonial papuano.

En Bougainville, según su antiguo comandante, el general Singirok, “las fuerzas de defensa de Papua Nueva Guinea se convirtieron en el personal de seguridad de Rio Tinto y se les ordenó emprender acciones, por todos los medios necesarios.” La demanda proporciona pruebas contundentes de las atrocidades de la empresa y del gobierno que condujeron a la muerte de casi el 10% de la población de la isla. (Durante la Guerra Civil española, Rio Tinto aplaudió al

general Francisco Franco por ejecutar a los mineros radicales que habían ocupado sus propiedades españolas.)

Bougainville es sólo un punto en un largo *résumé* de devastación. El fondo de pensiones del gobierno noruego, el segundo más grande del mundo, retiró reciente 870 millones de dólares de la cartera de Rio Tinto en protesta por su "falta de ética" en su participación con Freeport McMoRan en la infame mina de Grasberg, en Irian Java, ocupada por los indonesios (Nueva Guinea occidental). Grasberg es un desastre medioambiental más allá de la imaginación, y como en Bougainville, la resistencia tribal se ha encontrado con asesinatos y masacres del ejército indonesio.

Si las operaciones de Rio Tinto en el sudoeste del Pacífico recuerdan a las del rey Leopoldo en el Congo, sus relaciones industriales, desde Sudáfrica a Labrador y Utah, son el último modelo en lo que se refiere a intimidación a los trabajadores.

En Sudáfrica los sindicatos mineros han cuestionado desde hace tiempo si Rio Tinto, de la que se rumorea desde hace mucho que proporcionó uranio al programa de armas atómicas clandestino de Pretoria en los setenta, realmente ha roto con el *apartheid* en lo que se refiere a su tratamiento de los trabajadores negros. En febrero hubo una insurrección obrera en su enorme mina de uranio en Rössing, Namibia, por el aumento unilateral de las cuotas de producción y su rechazo a aceptar las quejas de los trabajadores. (Resulta interesante comprobar que el gobierno de Irán es el socio menor de Rio Tinto, con un 15% de las acciones, en Rössing.)

En Australia, donde la compañía explota algunas de las reservas mundiales más importantes de hierro, carbón y uranio, ha arrancado de cuajo los sindicatos tradicionales, recortado los salarios reales y (como está intentando ahora en Boron) reemplazado la negociación colectiva por contratos individuales variables.

Los mineros australianos y los conductores de trenes de mercancías, sin embargo, han luchado con huelgas salvajes y nuevas campañas de organización. Su desafío ha conducido a la compañía a una solución extraordinaria: una "mina del futuro" completamente automatizada que no requerirá mineros revoltosos o trabajadores del ferrocarril. Se está desarrollando un prototipo en el remoto complejo de minas de hierro de Pilbarra: hasta once minas trabajan con perforación robotizada, vagonetas automatizadas y, muy pronto, también trenes de mercancías sin conductor, todo controlado desde un centro de operaciones en Perth, a 800 millas de distancia.

Los analistas de la industria debaten si la revolución de las minas automatizadas será viable fuera de los mayores depósitos de hierro y carbón con reservas próximas a la superficie, por lo que los 30 trabajadores de Boron no tienen por qué preocuparse sobre cualquier incremento de esquiroleros robots. Pero están tratando urgentemente de descifrar el juego complejo y despiadado que Rio Tinto y otras superpotencias mineras están jugando a una escala mundial.

V

La revolución industrial en Asia está llevando a un clímax en la lucha por la propiedad de los metales y minerales estratégicos que comenzó a finales del siglo XIX. Por ejemplo, una sola fusión, la producida entre Rio Tinto y la aún mayor BHP Billiton, crearía la tercera mayor empresa del mundo (después de ExxonMobil y General Electric), con un poder sin precedentes para establecer los precios de las exportaciones de hierro, aluminio, cobre y titanio.

Por decirlo de otro modo, una fusión descomunal como ésta arrancaría enormes rentas del futuro crecimiento industrial de China y resto de Asia, algo que Beijing, al menos, no tiene intención de permitir que suceda (el hierro es el segundo material más caro que importa tras el petróleo).

Lo que *Forbes* denominó “la batalla de Río Tinto”, comenzó hace dos años, a finales del *boom* minero del 2000, cuando una BHP en la que fluía el dinero intentó tomar hostilmente el control del sector y se enfrentó con las ofertas multimillonarias de bloqueo de una nueva inversión de la Aluminium Corporation of China, controlada por el gobierno.

Pero a medida que los precios de los recursos minerales caían en picado tras el *crash* de Wall Street, las acciones de Río Tinto se hundían con el peso de la deuda de 38 mil millones de dólares contraída para comprar Alcan (antes de que BHP lo hiciera) en 2007. BHP, frente a la incapacidad de Río Tinto de vender su deuda de Alcan como bonos, así como en la siguiente bajada de su crédito, retiró temporalmente el ataque, mientras que los esforzados Chinos fueron rechazados descortésmente por los rebeldes accionistas de Río Tinto, apoyados por los políticos australianos xenófobos.

Río Tinto logró sobrevivir al primer año de la recesión suprimiendo miles de puestos de trabajo y vendiendo diez mil millones de activos no esenciales, mientras economizaba su misión fundamental de explotar “grandes asentamientos mineros a bajo coste.” A los directores de mina de su división de minerales, que incluye los boratos, se les dijo que la inversión futura en sus operaciones tendría como única recompensa recortar costes y aumentar beneficios, pero no beneficios en forma de *status quo*. El trabajo, según parece, es un coste especialmente “comprensible”.

En el caso concreto de Boron, el proyecto financiero denominado “la disolución directa modificada de la kernita”, anunciado como la clave para la explotación a largo plazo de la mina, fue convertido en moneda de cambio para la “flexibilidad y responsabilidad en nuestras prácticas de trabajo”, es decir, arrojando a la basura el viejo acuerdo de negociación colectiva para los trabajadores locales.

En las negociaciones Río Tinto adoptó una postura intransigente y aseguró que la crisis en el mundo de la minería había dejado obsoleta toda relación entre contratos y sindicatos. Hasta la última caída, Río Tinto y otros gigantes de la minería habían recuperado su talla gracias a la ola de crecimiento renovado de China, y se espera que los precios del hierro crezcan hasta el 50% este año.

La entrada de dinero de otros productos minerales, incluyendo los boratos, y los incrementos en los precios de las acciones de la mina han sido probablemente reforzados mediante un enorme flujo de inversión procedente de fondos de pensiones y otros inversores institucionales: probablemente una burbuja especulativa del mercado.

Entonces, en un movimiento sorprendente, Río Tinto traicionó a sus pretendientes chinos y se fugó con BHP. El fruto de su amor es una *joint venture* –básicamente, una fusión parcial– que consolida sus colosales operaciones en la minería de hierro en Australia, concediéndoles un poder para el establecimiento de los precios sobre el metal más importante del mundo sin precedentes.

Es más, tanto Tom Albanese, antiguo director ejecutivo de Río Tinto, como Marius Kloppers, su homólogo en BHP, advirtieron recientemente a los principales compradores que los índices de precios anuales serán cosa del pasado, a medida que la nueva empresa minera ajuste los precios a los del volátil mercado. China, en particular, podría ver sus costes en acero y manufacturas elevarse por miles de millones.

La respuesta inmediata y furiosa de Beijing fue arrestar a los cuatro ejecutivos más importantes de la compañía en Shangai por “espionaje” (los cargos se redujeron luego a soborno). Los oficiales chinos dicen pestes sobre el “monopolio” Río Tinto/BHP, aunque sin duda preferirían formar parte de él antes que tener que desmantelarlo.

El futuro de una pequeña ciudad de Mojave está así envuelto en competiciones geoeconómicas mucho mayores y más importantes que el mercado del borato en sí mismo. ¿Qué oportunidades tienen en consecuencia 560 mineros y sus familias en una lucha contra Godzilla?

El historial de los últimos veinte años no es alentador. Salvo algunas heroicas excepciones –la huelga de carbón en Virginia en 1989-90, la huelga de los Casinos Frontier en los noventa en Las Vegas y unas cuantas más– los sindicatos internacionales rara vez han deseado apoyar una lucha local hasta la última bala o el último centavo.

Pero la ILWU tiene una credibilidad única en la calle. El pit bull de los sindicatos de la generación CIO hincó el diente a los talones de la industria portuaria de la Costa oeste en 1934 y nunca más la ha dejado marchar. Se supone que los sindicatos industriales están muriendo, pero la ILWU, a pesar de su modesto tamaño, golpea lo suficientemente fuerte para mantener a la poderosa Pacific Maritime Association en su esquina y contra su voluntad, mientras se asegura que los puestos de trabajo en el puerto siguen a salvo y bien pagados.

Como el único sindicato que sobrevivió al McCarthysmo con un liderazgo de izquierdas (con Harry Bridges) intacto, la ILWU es también legendaria por arrimar el hombro con el eslógan "solidaridad de clase obrera". Desde los sesenta ha llevado a cabo docenas de acciones industriales y retiradas del puesto de trabajo en señal de protesta en apoyo a los estibadores australianos en huelga, los agricultores de California y los luchadores por la libertad sudafricanos. Es más, en mayo de 2008 el sindicato cerró la Costa oeste durante un día en protesta por la Guerra de Irak.

Anticipándose al *lockout* de Boron, la ILWU ha convencido a sus miembros de una coalición internacional de sindicatos mineros y marítimos –muchos de los cuales ya habían luchado antes contra Rio Tinto– para reunirse periódicamente en la ciudad cercana en el desierto de Palmdale. El 16 de febrero los delegados, junto con las bases de otras secciones de la ILWU, llegaron a Boston para marchar hacia la mina, un acto que fue seguido por una gran barbacoa organizada por la sección local del sindicato.

La protesta la abre el ruidoso rugido de los motores de cabeza de pala y de doble árbol de leva de las Harley-Davidson. Los estibadores-motoristas de la sección 13 (Puerto de Los Ángeles) aparecen de entre la bruma del desierto como la horda enfundada en chaquetas cuero de Marlon Brando en *Salvaje* (o, mejor aún, como los comanches de *Blood Meridian* [la novela de Cormac McCarthy, n.T.]).

Algunos, aún sobrecogidos, susurran, "menos mal que estos tipos están de nuestra parte." Después conté veintiséis hermosas Harley negras aparcadas en reverencial semicírculo en la calle adjunta a la sede del sindicato. (Los desafortunados propietarios de rice-burners y pasta-rockets [términos para referirse peyorativamente a las motocicletas de fabricación asiática e italiana respectivamente, n.T.] tuvieron que apartar sus motocicletas japonesas e italianas a una distancia prudente.)

Miembros de la ILWU de otras ciudades llegan coche tras coche, luego dos autobuses transportando dirigentes sindicales estadounidenses y extranjeros. La multitud aplaude, la gente se saluda, algunos ponen "Born in the USA" [de Bruce Springsteen, n.T.] a todo volumen y los manifestantes comienzan a reunirse, unos 600, detrás de una pancarta que se extiende de lado a lado de la carretera: "un ataque a uno es un ataque a todos."

Es una marcha fácil de una milla con un tiempo agradable hasta la puerta principal. Los miembros locales del sindicato portan una docena de banderas americanas y del cuerpo de Marines al frente, y empiezan a corear, "queremos trabajar, queremos trabajar". Los *sheriffs* están relajados, pero los guardias de seguridad de Gettier carretera arriba empiezan a ponerse nerviosos. Como siempre, sus caras son inescrutables detrás de las gafas de sol, pero casi se puede oler el sudor a culpabilidad que exudan.

VII

Imaginaos un *picnic* organizado por la IWW [*International Workers of the World, sindicato anarquista, n.T.*], la Legión Americana y los Ángeles del Infierno. Uno de los primeros en dirigirse a la tribuna es Oupa Komane, del sindicato minero de Sudáfrica. Tiene una voz magnífica: “Camaradas, ¡os traigo saludos revolucionarios de los mineros de Sudáfrica!” Miro a mi alrededor para ver cómo reaccionan los “camaradas” que ondean banderas americanas. Komane recibe un caluroso aplauso.

Un minero del cobre curtido en mil batallas procedente de Utah (donde Rio Tinto posee la gran mina de Kennecott en Bingham Canyon) dice, “no puedo deciros lo que pienso de esta compañía: no en frente de mujeres y niños.” Un australiano advierte: “matarán vuestra ciudad. Es lo que nos hicieron a nosotros.” Un canadiense habla sobre más ciudades muertas en Quebec, mientras un neozelandés explica una historia sobre el siniestro papel de Rio Tinto a la hora de derrotar una legislación para contener el cambio climático en su país.

El fogoso presidente de los trabajadores turcos del borato, cuya industria de propiedad estatal (Eti Mine Works) fue fundada por Atatürk, padre de la república de Turquía, trae saludos de los Borons de Anatolia: Kirka, Emet, Kestelek y Bandirma. Se ríe de la afirmación de Rio Tinto de que los salarios por hora de sus mineros (casi 10 dólares en un país barato frente a la media de 26 en Boron) exige poner fin a los derechos de los sindicatos en California.

Finalmente Ken Riley, presidente de la International Longshoremen's Association [Asociación Internacional de Estibadores], sección 1422, en Charleston, Carolina del Sur mayoritariamente negra, y líder de una de las luchas más valientes en la historia reciente del movimiento obrero estadounidense (véase Joann Wypijewski, “[Audacity on Trial](#)”, 6-13 agosto, 2001) resume el caso con optimismo: “tomad por una parte a la ILWU, por la otra al mundo. Cuando nuestra internacional nos abandonó, allí estaban ellos. Ahora nosotros estamos aquí.”

Cuando termina, me acerco a Ken y le confieso mis dudas. Niega con la cabeza. “Entiendo lo que estás diciendo, pero te equivocas”, dice. “Esto no es un escenario político. El primer mes de una lucha es decisivo, y la ILWU está haciendo un trabajo muy bueno presentando la importancia de Boron para el resto del movimiento obrero. Internacionalmente, nuestros sindicatos entienden que tenemos que organizar la cadena logística, desde los productores a los transportistas, los distribuidores y los vendedores. Éste es un nuevo modelo del poder del movimiento obrero, como el sindicalismo industrial de los treinta, pero adaptado a la realidad de la mundialización.”

“¿Pero Boron?”, pregunto.

“Eh, algo nuevo está naciendo aquí. A la fuerza tiene que nacer.”

Toni McCormick, una muchacha jovial de veintitantos, me lleva de vuelta a mi coche. Esposa de un miembro local del sindicato, entrena a las *cheerleaders* del instituto de Boron. “Soy la cuarta generación”, me explica. “La casa de mi bisabuelo aún se tiene en pie, fabricada con viejas cajas de dinamita unidas con alambres. Nuestro equipo de fútbol juega en una liga del desierto contra los de otras ciudades mineras y militares. A veces tienen que placarse en el barro porque la hierba no crecerá en el lecho de un lago salino.”

“¿Hay algo que pueda crecer en un lago seco?”, pregunto.

“¡Claro”, sonrío Toni. “Los mineros pueden”.

Mike Davis es miembro del Consejo Editorial de SINPERMISO. Traducidos recientemente al castellano: su libro sobre la amenaza de la gripe aviar (*El monstruo llama a nuestra puerta*, trad. María Julia Bertomeu, Ediciones El Viejo Topo, Barcelona, 2006), su libro sobre las *Ciudades muertas* (trad. Dina Khorasane, Marta Malo de Molina, Tatiana de la O y Mónica Cifuentes Zaro, Editorial Traficantes de sueños, Madrid, 2007) y su libro *Los holocaustos de la era victoriana tardía* (trad. Aitana Guia i Conca e Ivano Stocco, Ed. Universitat de València, Valencia, 2007).

Sus libros más recientes son: In Praise of Barbarians: Essays against Empire (Haymarket Books, 2008) y Buda's Wagon: A Brief History of the Car Bomb (Verso, 2007; traducción castellana de Jordi Mundó en la editorial El Viejo Topo, Barcelona, 2009).

Traducción para www.sinpermiso.info: Àngel Ferrero

sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una **DONACIÓN** o haciendo una **SUSCRIPCIÓN** a la **REVISTA SEMESTRAL** impresa.